

PROEMIO

Pedro Bádenas de la Peña

El presente volumen colectivo sobre las *Vidas de Mahoma*, número 41 de la colección Nueva Roma, quiere ser un merecido homenaje a la persona y trayectoria científica del profesor José Martínez Gázquez. Se trata de una deuda de gratitud que con él tenemos contraída cuantos con él se han formado, y que hoy ya destacan como profesionales en la investigación y en la docencia, además de sus compañeros, amigos y colaboradores.

La colección del CSIC también le debe mucho al profesor Martínez Gázquez. Mientras Nueva Roma preparaba el inicio de su andadura, allá a comienzos de la última década del pasado siglo, conocí personalmente en Roma a José Martínez Gázquez. Ambos nos alojábamos en la Escuela de Historia y Arqueología del CSIC y, tras regresar de nuestras cotidianas fatigas por las bibliotecas romanas, coincidíamos en la Escuela, donde nos contábamos nuestras respectivas peripecias con las tareas «extractivas» de recopilación de información y de contactos en reuniones científicas para nuestras investigaciones en curso, pues no otras eran las razones de nuestros frecuentes viajes a Roma. En estos ratos de *otium post laborem* fuimos comprobando que compartíamos muchas preocupaciones desde nuestros respectivos campos de procedencia y ejercicio: él la filología latina y yo la griega, con un denominador común: el mundo medieval y humanístico o bizantino y «postbizantino» (en mi personal opinión, mejor «otomano»), según los usos clasificatorios de nuestras respectivas procedencias académicas. El punto de arranque de nuestra colaboración fue la apasionante historia de la transmisión del texto de la versión «cristianizada» de la

leyenda de Buda, o sea, las andanzas del príncipe Josafat y el monje Barlaam, que conoció versiones en las más variadas lenguas y que fue una de las lecturas edificantes de mayor eco en toda la Edad Media. Me ocupaba yo de la versión bizantina, núcleo de las posteriores versiones latinas, cuando Martínez Gázquez y yo convinimos en la necesidad imperiosa de disponer de una *editio princeps* de la primera versión latina, realizada sobre la versión bizantina, c. 1047-1048, dentro del círculo de la comunidad de monjes amalfitanos en Constantinopla durante el reinado del emperador Constantino IX Monómaco. El resultado fue que, en 1997, aparecía, como volumen 5 de Nueva Roma, la edición crítica de la *Hystoria Barlae et Iosaphat* cuidadosamente preparada por Gázquez sobre la única copia conocida, la del manuscrito latino de la Biblioteca Nacional de Nápoles viii.b.10.

Y así comenzó el largo recorrido de la colaboración científica entre el profesor Martínez Gázquez y yo en sucesivos proyectos de investigación coordinados. El «Barlaam» ha sido una historia literalmente «edificante» (ψυχωφελής, tal como reza el subtítulo en griego de esta hagiografía), así como por la extensión de su significado, pues a partir de la mencionada edición vendrían luego otras muchas más y de las que Gázquez siempre fue, de una u otra forma, su mentor. Por ejemplo, el siglo XXI se abría para Nueva Roma con su 12.º volumen: la edición crítica de la versión vulgata latina de *Barlaam et Iosaphat* junto con la de la traducción castellana de Juan de Arce Solorceno (1608), edición llevada a cabo por uno de los más conspicuos discípulos de Gázquez, el doctor Óscar de la Cruz Palma; una excelente edición que permite avanzar en los estudios de la difusión de esta leyenda en el Medievo occidental y su «reinención» durante la Contrarreforma.

La experiencia del «Barlaam», una obra fundamental para comprender la interacción cultural entre religiosidades muy distintas, nos llevó a Martínez Gázquez y a mí en nuestros «diálogos romanos» a reflexionar sobre la larga duración de simultaneidad entre cristianismo (occidental / oriental), judaísmo e islam en un mismo espacio: el Mediterráneo y los fenómenos indisolublemente asociados de tolerancia / intolerancia inherentes a la coexistencia y rivalidad, en un mismo espacio, cuando poder y religión forman un

conjunto indisociable. A nuestro modo de ver, esta dialéctica informaba todo el Medievo europeo y su evolución y transformación condicionaban los posteriores conceptos de lo «europeo». Sometíamos así a revisión los, en apariencia, inamovibles fundamentos «clásicos» y «cristianos» de nuestra «cultura europea» confrontados con la realidad que nos pueden ofrecer los textos mismos, analizados y comprendidos en su contexto e interrelación. Y es que por aquellas fechas, a principios de la década de 1990, los acontecimientos terribles que tenían lugar en el sureste europeo ponían en cuestión el concepto mismo de Europa, la cual se veía sumida en un proceso convulso, trágico realmente, que no era otro sino fruto de la confusión interesada y políticamente explotada sobre su propia identidad cultural. En suma, había entrado en ebullición el espinoso e irresoluble debate de ligar identidades nacionales con religión, lengua y cultura. Simultáneamente a la discusión en profundidad sobre estos temas, se nos suscitó una pregunta que resultaba incómoda pero que era ineludible: ¿qué responsabilidad nos incumbía a quienes, desde la filología y la historia, contribuimos involuntariamente a generar ideas sobre las que otros construyen sus discursos y praxis etnocéntricas? Había un referente inmediato y tremendo, como el de cierta Academia de Ciencias, cuyos componentes —muchos de ellos eminentes especialistas en historia y filología, también medievalistas— habían muñado el «manifiesto» que servía para marcar las pautas de la política de «limpieza étnica» en los Balcanes y presentarla como un doloroso, si bien ineludible, proceso para preservar una determinada idea de la «identidad» cristiana de su región, pero también del continente. En realidad esto no era nada nuevo, sino que constituía una puesta al día de procesos *déjà vus*. Indudablemente, por nuestra parte, llegamos a sentir la obligación moral de encauzar, modestamente, nuestro quehacer científico a desactivar «desde dentro» —desde la filología y la historia— todo lo que contribuyera, de cerca o de lejos, a retroalimentar el uso y abuso de esas disciplinas que, en gran medida, habían alimentado y respaldado académicamente semejantes desvaríos.

Ese proceso nos llevó al profesor Martínez Gázquez y a mí a poner en marcha, a comienzos de este siglo XXI, nuestro primer

proyecto coordinado entre nuestros respectivos equipos. Desde entonces hasta hoy se ha producido una concatenación de proyectos de investigación coordinados, centrados diversos aspectos en torno a una temática harto compleja: la lengua, literatura y sociedad, tanto en comunidades islamo-cristianas del Mediterráneo, como la interacción cultural y lingüística entre cristiandad (latina / ortodoxa), judaísmo e islam y su proyección en las nacionalidades modernas. Son ya catorce años de fructífero trabajo interdisciplinar e interuniversitario entre el grupo de investigación de la UAB, liderado por el profesor Martínez y actualmente por la profesora Cándida Ferrero, y el desarrollado en el CSIC por el equipo de mi dirección. Muy pronto, comenzaron a aparecer resultados en un sinfín de publicaciones y, para lo que aquí nos interesa subrayar, muchos de ellos han enriquecido esta colección. En el año 2000, como noveno volumen de Nueva Roma, aparecía la edición crítica, traducción y estudio, por Óscar de la Cruz, del *Diálogo de la fe con el sultán de los turcos* de Jorge Ameruzes de Trebisonda, versión latina de un original griego perdido; documento muy significativo de este intelectual bizantino que, escrito en época de Mehmed II *el Conquistador*, representó una inteligente propuesta de coexistencia entre islam y cristiandad, dirigida a los griegos bajo el dominio otomano buscando la conciliación a través de los puntos coincidencia entre religiones enfrentadas, motivo por el que, durante siglos, fue denostado en Occidente. En 2006, en el volumen 26, el profesor De la Cruz nos daba *La traducción latina del Corán atribuida al patriarca de Constantinopla Cirilo Lúcaris (1572-1638)*, primera edición crítica sobre los dos únicos manuscritos conservados (el de Kassel y el de Zúrich), de esta rara versión, cuya atribución al malogrado patriarca reformador de la Ortodoxia aún sigue sin poderse probar suficientemente pero que, en todo caso, representa un caso único de traducción latina del Corán relacionada con el ámbito otomano. Antonio García Masegosa, en el volumen 32 (2009), publicaba la *Interpretatio Alcorani litteralis* de Germán de Silesia, obra compuesta en el monasterio de El Escorial entre 1650-1669. Otras ediciones de versiones coránicas latinas impulsadas por el profesor Martínez Gázquez, en estado muy avanzado de preparación, irán viendo la luz próximamente aquí, pues el objetivo de Martínez Gázquez es

que Nueva Roma sea el repositorio de las más innovadoras ediciones científicas de los «Coranes» latinos europeos.

La publicación de *Vitae Mahometi. Reescritura e invención en la literatura cristiana de controversia*, en el presente volumen, reúne un conjunto de estudios bien representativo del alcance de Islamolatina, denominación de la red interuniversitaria puesta en pie por Martínez Gázquez, y es un merecido reconocimiento a su infatigable labor en el estudio de la percepción del islam en la Europa cristiana que viene a unirse a la distinción de doctor *honoris causa* que recientemente le ha concedido, por esa trayectoria, la Universidad Friedrich-Alexander de Erlangen-Núremberg.

Los largos años de colaboración entre CSIC y UAB han enriquecido a la colección Nueva Roma, superando estos tiempos difíciles —*ad augusta per angosta*— y aunando siempre voluntades para la edición de obras y el estudio de la recepción e influjos mutuos entre las literaturas griega y latina medievales, y bien merecen *ad multos annos* este homenaje.